



# EL FOGON

de los arrieros

DICIEMBRE 1958  
AÑO VI . N° 72

# EL TELAR

Telar que vuelve, la cara toda llena de signos extraños. Médula de los sueños asomando por las mejillas, por los ojos que quieren decir algo; esos rostros yacentes, esas delicadas manos cruzadas sobre los edredones y los blancos linos, quieren decir cómo y dónde, querer decir qué dibujos entrelazan, qué animales furiosos entre los pajonales y las nubes, entre los arroyos, ahora, cuando el frío helve empujando las hojas de los árboles, arrastrando su corona de pájaros oscuros en la llovizna con unas raíces mojadas y unos rostros mojados y unos ojos mojados, y la cara donde las gotas de agua resbalaban en su (piel quemada y sobre la caja de madera olvidada donde la niña de quince años se quedó muerta. Muerta la niña. Muerta, toda rubia entre lámparas amarillas y bajo la lluvia que teje y deseja sus memorias en estas tierras, en estas tardes de invierno desoladas por el viento frío que viene desde las llanuras, que viene desde los hombres del sur, de sus gargantas de salitre, que viene de la fluencia de cosas con las que nos comunicamos, de un vaso a otro, de una cabeza a otra cabeza, coronadas de pensares diversos. Coronadas de figuras y tapices que de pronto se abren como el sol después de la lluvia, de caras que de pronto reconocemos y (entendemos; que son hermanas y son las mismas manos y las mismas conciencias de nosotros, cuando el amor, el claro sol del amor, las ilumina y las une, y la idea corre de una persona a otra, y la sonrisa es una señal definitiva como un telar que hubieran tejido los ángeles fraternos cuyos perfumes son las manos nuestras, y los sueños nuestros, como un telar que se despliega sobre el suelo y sobre el cual nos arrodillamos para señalar este rostro, aquel sueño, esa noche memoriosa, aquel cuello, aquella calle... cuando alguien nos interrumpe el proceso del sueño y nos despierta, cuando alguien nos llama de la distracción y la creación, cuando alguien nos abre una (puerta y nos deja frente otra vez, al viento, a la lluvia, y volvemos a despertar, y ya no amamos más, nunca más, nunca más amamos al otro ser, el telar, el tejido, se rompe, se destroza, se pierde el telar, la conciencia, el sueño, el sueño sí, irrecuperable. Agujereado, de cenizas. Queso deshecho. Polvo al fin. Polvo. Partículas de caras, pedacitos de ojos, desintegrados con restos de algún sueño, aquella niña muerta, aquella niña de quince años muerta en el (Chaco, nuestra memoria, derramado, el vaso roto, el gajo caído en la tormenta; y el entendimiento confundido sobre el telar, sobre las figuras que ya no conocemos, sobre las personas que nos hablan de cosas que ya no entendemos, de las voces que entendíamos cuando el amor no había destruido sino unido, fundiéndonos unos en otros, entrelazados, unos cuerpos en los otros, en una sola nube, en una sola tormenta, en una sola música, en una sola lluvia, antes, antes de ese instante en que que alguien se aleja, o alguien se va, o algún amor se pierde y cambiamos, ya no somos los mismos, ya no somos los mismos.

ALFREDO VEIRAVE

Resistencia, 1958

Especial para "El Boletín de El Fogón de los Arrieros"